

A pocos momentos sonaron las primeras armonías del wals precioso, de Cárlos Faust: *Las hojas en el aire.* Víctor se presentó y comenzamos á valsar.

Pero me siento fatigada, y debo descansar.

---

Mayo 28.

Me habia propuesto continuar, estas *Memorias*, dia á dia; pero no lo he conseguido. ¡Y tengo ya tanto que referir!

No creia que la palabra del hombre tuviese tal poder; no llegué nunca á imaginar que en unos minutos robados al bullicio de un baile, pudiese decirse tanto como Víctor me dijo mientras valsamos la noche de mi cumpleaños; ni sospeché que él llegase á ejercer en mi seno influencia tan dominadora como la que hoy me domina.

¡Que no sepa yo coordinar mis ideas! que no me sea dado reproducir aquí siquiera la pálida imágen de aquel discurso florido, elocuente, conmovedor, apasionado! Recuerdo una á una sus palabras; el timbre de su voz, mas grato para mí que las melodías del wals aleman, resuena en mi oido; todavía palpita mi corazon como palpitaba cuando estaba yo en brazos de Víctor, y sin embargo, no puedo referir las impresiones de aquellos momentos supremos para mí; momentos que han de influir poderosamente en mi porvenir; que han cambiado la faz de mi existencia, dado otro giro á mis ideas, y engendrado otro género de ilusiones y esperanzas, para mi desconocidas hasta ese dia.

¡Qué hermoso es el amor, en los lábios de un hombre inteligente! ¡qué frases tan halagadoras tiene una a!ma enamorada! ¡cómo realza ante el hombre la dignidad! Yo esperaba una declaracion frívola como todas las que hasta entonces habia escuchado, que no han sido pocas, en verdad. Creí que Víctor me iba á hablar lamentando mis desdenes y

jurándome que si no le correspondia, seria el mas desgraciado de los mortales y que se suicidaria para poner término á aquel infortunio. Pero nó. De una manera nueva, deliciosamente nueva, me hizo comprender que me idolatraba desde mucho tiempo, antes de que Antonio fuese mi novio, y me convenció de que daba por concluidas sus pretensiones; que si habia procurado concurrir á aquella fiesta, era únicamente para tener ocasion de decirme adios, despues de darme una idea del amor que yo le habia inspirado; porque no podia resignarse á que yo me humiese á otro antes de oír aquella franca declaracion, que era al mismo tiempo un *adios*. No le sé una frase de reproche para mí ni una palabra que pudiese rebajar á Antonio ante mis ojos. Y todo sin suspiros ni lamentaciones, sin hacerse el romántico; todo con naturalidad, con nobleza, y sobre todo, con talento.

Mi posicion no podia ser más difícil. Ante un hombre como Víctor no queria yo aparecer coqueta, y coqueta vulgar. Mi corazón

me impulsaba á confesarle el cambio que su conducta y sus palabras habian hecho verificarse en mí; pero no encontré la manera de decirlo sin que me expusiese á ser mal comprendida.

Desgraciadamente no hay horas más breves que las del placer, y callaba yo aún, cuando cesó la música, y Víctor me condujo á mi asiento.

En vano traté de disimular la impresion que me habian causado las palabras de Víctor, y tuve que atribuir mi estado, al eterno pretexto de esos casos, á una jaqueca.

¿Amaba yo á Víctor? ¿Antonio me era ya indiferente? ¡No! adoraba al primero y despreciaba al segundo.

De ello me convencí, gracias al coquetismo de Amalia.

Cuando Antonio, despues de la escena que dejé referida, me vió levantarme para valsar con Víctor, se apresuró á ofrecer sus atenciones á Amalia, seguramente con la mira de vengarse. Amalia, sobre ser coqueta, queria á su vez vengarse de Víctor, que no la habia

preferido á mí, á pesar de que habia ella puesto en juego toda su audacia y toda su verbosidad, y así, *mi novio oficial* y *mi amiga íntima*, valsaron con entusiasmo febril, arruyándose como palomas enamoradas. ¡Né- cios! no comprendían que ni Víctor ni yo teníamos una mirada para ellos.

Pero lo que me dió la medida del amor que, naciendo ya abrasaba mi pecho, fué mirar á Amalia bailando la danza que siguió al wals.

Celos horribles, desesperacion inusitada, despecho, cuantas pasiones agitan el corazon de la mujer, todo eso sentí. Por supuesto que la *jaqueca* tomó proporciones alarman- tes para mis padres. Reflexioné entonces que necesitaba yo revestirme de toda la fuerza de mi voluntad, hice un llamamiento á mi amor propio; me resigné á tomar una medi- cina, que bien sabia que era inútil, y decla- ré á poco que no habia motivo para suspen- der el baile, como intentaban hacerlo. Afor- tunadamente nadie comprendió lo que pasa- ba, y la fiesta siguió su curso natural para

todos, menos para mí á quien agitaban sen- saciones extraordinarias.

A las dos de la mañana cenamos, y des- pues continuó el baile hasta las seis.

Antonio, segun sus tendencias, bebió mas copas de las debidas, y tuvo que retirarse del salon.....

Víctor, bailó con Luisa, con Emma, y con Carlota, declarando en seguida con no bai- laria más, porque sin costumbre de hacerlo, estaba ya cansado.

Su conducta para conmigo me preocupa- ba de una manera inaudita. Estaba enamo- rado, y prescindia de su amor, pero despues de hacérmelo saber; hizo un supremo esfuer- zo para llegar hasta mí y esto solo por de- cirme adios; por oír una vez mi voz, estre- char mi mano y mi cintura, respirar mi alien- to, y despues, despues nada. ¿Sabria de an- temano que la elocuencia de su palabra, que su acento mismo, habian de llegar hasta el fondo de mi alma, y despertar en mi cora- zon aquel amor que habia Víctor anhelado tanto tiempo? Y si comprendia todo esto,

CAPILLA ALFONSIÑA  
DE LA CATEDRAL DE VALENCIA  
U. A. N. L.

¿por qué alejarse al obtener la victoria? Sin ser vanidoso, sin presumir de afortunado, ¿no es verdad que Víctor, haciéndome simplemente justicia, debía haber visto que al poner en paralelo su moderación, su finura y su talento, con la petulancia, la *despreocupación* y la incapacidad de Antonio, debía yo concederle á él el triunfo? ¿Por qué no pretendió bailar otra vez conmigo, mucho más al notar que Antonio había tenido que abandonar el salón por. . . . .

Todas estas y otras mil preguntas me hice, después que el baile terminó, y tal era mi aturdimiento, que nada pude hallar que satisficiera mis dudas y me guiase por en medio del laberinto de mis ideas, y cada día que pasa, cada hora, cada minuto, toma proporciones desmesuradas esto que siento por Víctor. ¿Será amor? ¿será únicamente el deseo de vencerlo haciéndole variar sus propósitos? Si amor es, no pensar si no el ser que ha despertado en nuestro cerebro un mundo de ideas nuevas, dulces unas veces, tristísimas otras; si esta mezcla de ilusiones y es-

peranzas, si este anhelo incesante, y este cambio súbito no pueden explicarse de otra manera; si el campo, la luz, las flores, cuanto nos rodea, háblanos en un lenguaje hasta ayer desconocido; si el desarrollo de sentimientos generosos, de pasiones tiernas, de cuanto hay de poético, y de sublime en el mundo, se llama *amor*, amor es el que yo abrigo en mi pecho, y forma mi delicia y mi tormento; me arrulla y me desvela; me trae sueños de ángel y también visiones horribles. Cinco días han pasado desde el de mi cumpleaños, y ni un instante he dejado de pensar en Víctor. Ayer, busque un pretexto para ir á México, porque deseaba encontrar á Víctor en mi camino. ¡Tonta! creí que debía adivinar mis pensamientos, y que, como por casualidad, estaría aguardando todos los días la llegada del tren. Pero nada. Mis ilusiones se desvanecieron, y en la tarde volví á San Angel más triste que antes. Si al menos la *temporada* terminase en estos días! Pero nó: tres meses mortales, eternos, habremos de pasar todavía en este pueblecillo que

CAPILLA ALFONSINA  
UNIVERSITARIA  
D. N. N. D.

por su soledad y su hermosura solo sirve para amar, para forjar ilusiones que no siempre pueden realizarse.

Junio 1.º

Antonio ha pasado ayer el día con nosotros. Desde la noche del baile no había vuelto á hablar con él. Al presentarse, comprendí que algo desagradable tenía que pasar entre él y yo. Hombre de menos que medianos alcances, no sabe, para su propia conveniencia, disimular lo que siente, aun cuando se encuentre rodeado de un mundo de personas. Durante la hora de conversacion que precedió á la de la comida, Antonio, á pesar de su proximidad á mí, no me dirigió sino unas cuantas palabras que habrían provocado mi enojo si no hubiese yo pensado que el desprecio se hace sentir mas, y es comprensible hasta para los necios.

Mi madre, agena á todo lo que pasaba entre Antonio y yo, le preguntó qué ocupacion tan grave le habia retenido en México desde hacia muchos dias.

—Los negocios, señora, los negocios; repuso Antonio con énfasis. Figúrese vd. que debian tirarse dos escrituras de la hacienda y casa que últimamente hemos comprado á unos caballeros que están próximos á quebrar, y como en nuestro país, nada se hace en regla, como los escribanos son tan morosos, bé aquí que hemos perdido cerca de una semana en asunto tan insignificante. Cien mil pesos han importado ambas fincas: la rústica y la urbana. Algo se habrian remediado *aquellos infelices*, recibiendo antes su dinero. Además, aguardaba yo un magnífico tronco de caballos americanos que me trajo el paquete de Nueva-York, y que hasta ayer pude estrenar en mi nuevo faeton. Ya vé vd. que me han sobrado ocupaciones.

¿Necesitaré decir que mi madre misma recibió mal aquellas excusas, hijas de la fatuidad, y no las mas adecuadas para satisfacer

á una familia que se interesaba por aquel ente?

En la mesa, Antonio habló de los chismes de México, como lo habria hecho una vieja de casa de vecindad. Yo, que tenia fijo el pensamiento en Víctor, continué haciendo comparaciones entre mi novio y él, y á decir verdad, ansiaba encontrarme cerca de Víctor, escuchando otra vez aquel brindés encantador, y no fastidiándome con la charla insustancial de Antonio. Este, como lo esperaba yo, tal vez por leer algo en mi semblante, preguntó á mi padre, si Víctor habia vuelto á San Angel, y como se le dijera que todavía no lo verificaba, exclamó:

—Ya se vé, ¡cómo ha de estar al corriente de las reglas del buen tono, quien puso los piés por vez primera en una sala aristocrática, el día del cumpleaños de Rosalinda!

—Perdone vd., repuso mi padre; quien olvidó esas reglas fuí yo, que, cansado como estaba, me retiré y no pude decir á ese jóven cuando todos se retiraron que seria siempre bien recibido en esta casa. Acaso la visto

en mi silencio, mala voluntad hácia él, y por eso se ha abstenido de volver. Confieso que me pesaria sentar plaza de grosero.

—Desheche vd. sus temores. Víctor no habrá vuelto por no gastar en la compra de boletos del ferrocarril; creo que es pobre y no puede permitirse *esos lujos* con frecuencia.

Mi cólera, porque era cólera la que yo sentia, estaba al estallar, y para evitar que aquella conversacion se prolongase, le dí un curso distinto, y en él continuó hasta que nos levantamos de la mesa.

Fuimos á la sala, y me senté al piano. El día anterior habia hecho que me comprasen el wals de Carlos Faust, *Las hojas en el aire*, con el objeto de recordar, al tocarlo, los episodios de la noche aquella.

Con delicia me escuchaba yo misma, y hasta creo que consideraba en aquellos momentos que la célebre Teresa Carreno, tocaria con menos expresion que yo el wals de Carlos Faust.

De repente, ví junto al piano á Antonio.

Dejé de tocar, y entonces pude cerciorarme de que estábamos solos.

La hora de los reproches habia sonado.

—¿Te agradan mucho *Las hojas en el aire?* me preguntó Antonio con malicia.

—Muchísimo, contesté.

—¿Y podría yo saber la causa?

—No hallo motivo para ocultarla. Desde que oí por vez primera ese hermoso wals me encantó; despues le volví á escuchar con frecuencia, con igual delicia siempre; y por último, habiendo bailado á su compás, hace pocas noches, quise poseerlo, para ejecutarlo cada vez que desee recordar una de las noches mas bellas de mi vida. ¿Estás satisfecho?

—Me admira tu descaro.

—Antonio, estudia las palabras antes de pronunciarlas.

—Bien, ¿y qué? ¿No debo acaso, siendo yo tu novio, desear explicaciones acerca de lo que puede influir en que se rompan los lazos que nos unen? Crees que es un misterio para mí que ese Víctor ha recibido mas

atenciones de las que merece, y sobre todo, que tú, contra mi voluntad no solo has bailado con él, sino que has *hecho extremos* que no pueden quedar desapercibidos?

—Tú que presumes de fiel observador de las reglas de buena sociedad, pretendiste que yo pasase por encima de ellas. Debía, por educacion, bailar con Víctor, y bailé. Esto ha sido todo.

—Algo más ha habido. Armonía celeste, canto de ruiseñores, te parecieron sus palabras.

—Lo confieso. ¿Es un delito reconocer el mérito en donde quiera que se encuentre? ¿Quién otro brindó como Víctor?

—¿Pretendes humillarme? No lo conseguirás. Víctor, aun suponiéndolo elocuente como Castelar, no podrá ser nunca otra cosa que Víctor\*\*\* y no es una persona de su posicion social la que puede luchar, rivalizar conmigo.

Aquella arrogancia, provocó mi hilaridad.

—Ríes?

—De más está la pregunta.

—Con que es decir que entre Víctor y yo, prefieres á él!

—Antonio, contesté sin dejar de reir, ¿quién trata aquí de establecer paralelos para decidirse en pró de este ó del otro? Además, Víctor no me pretende ya, como lo hiciera hasta hace poco. Te lo puedo jurar.

—Pero tú le amas.

—Si tal crees, poco ó nada digno es de tí volver á esta casa.

—Concluyamos: soy enemigo de los términos medios; me gusta poner las cosas en su lugar. Entre ese miserable y yo, debes elegir, y elegir ahora mismo.

—Sí, lo haré; pero antes deseo saber en qué te fundas, para llamar miserable á un hombre ausente que no puede pedirte cuenta de ese insulto; antes, necesito que me digas de dónde nace ese ódio intempestivo.

—¿Deseas que te diga que estoy celoso? ¡Ah! no me conoces! podría tener celos de un igual, pero de un arrancado, de un pobrecillo de la clase media, nunca!

—Entonces.....

—El tiempo urge, necesito volver á México en el tren que sale á las cinco. Concluyamos.

—¿Nuestras relaciones?

—¡Ah! cómo te ha llenado el cerebro el humo de la lisonja, la palabrería de ese ente!..... No comprendes que él no puede unirse á tí, mientras que yo.....

—Mientras que tú, ni sientes como él, ni como él hablas, ni como él sabes, por respeto á esta casa, moderar tu lenguaje, disimular tu ira, y sobre todo, tomar menos copas para no tener que abandonar un baile. ¿Oíste?

.....

Lo que siguió despues, lo adivina, mejor dicho, lo comprende cualquiera.

A las cinco de la tarde, Antonio habia partido.

Yo, no tenia novio.

CAPILLA ALFONSIÑA  
D. I. A. N. L. I.